SANTA TERESA DE JESÚS

¿QUÉ DECIMOS DE NOSOTROS MISMOS?

II.

¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fue su padre ni su madre, ni de qué tierra?

Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotros, cuando no procuramos saber qué cosa somos...

el gran valor de nuestra alma.

(Santa Teresa de Jesús, Mor. 1ª. , c.1)

Acabamos de salir de los días festivos de las Pascuas de navidad, lector querido, -las que deseo hayan sido para tu alma felicísimas, - y es justo no riñamos luego de haber oído al rededor del pesebre los cánticos y anuncios de paz. No siempre hemos de tener encontrados pareceres, que es causa de disgusto en el transcurso de la vida. alguna vez hemos de convenir y abundar en los mismos o parecidos sentimientos. Y si alguna vez puede suceder esto, es sin duda en este día al preguntarte por segunda vez: ¿Qué dices de ti mismo? ¿No es verdad, lector mío, que dices que eres grande, que vales mucho, que mereces consideración, alabanza y aprecio? Y yo estoy conforme con ello; y quizás yo te estimo por más grande y de mayor mérito que tú mismo. Hoy quiero ayudarte a elevarte y engrandecerte, pues sospecho, me temo con fundamento que, a pesar de gustarte el subir a lo alto, te paras en la mitad del camino. No eres diestro lo bastante para esta ardua empresa, y te quedas pequeño, porque no tienes ayuda que te eleve hasta el punto sublime que puedes llegar.

Como, pues, te amo con cariño, apasionado; deseo verte grande, muy grande; perfecto, muy perfecto; voy a mostrarte el verdadero mérito, grandeza y perfección.

¡Arriba los corazones! No te pares en estas cosas bajas y baladíes del mundo. Eleva tu espíritu sobre todo lo criado, y mira tu origen y tu fin; los medios que Dios en su Providencia infinitamente buena te ha deparado para ser grande y feliz.

Toma en tus manos el catalejo que te ofrece la fe; aplica tu vista, y contempla. ¿Ves a la Trinidad beatísima reunida en consejo allá en la eternidad, y, a nuestro modo, deliberando para hacer una imagen y semejanza suya? ¿No es cierto que será grande la obra que salga de sus manos, digna de toda alabanza y de inmenso mérito y estima? Pues esta imagen y semejanza de Dios eres tú, oh hombre, que te admiras y pasmas de la altura de los cielos, de las profundidades del abismo y de la magnificencia de la creación, y no entras en ti mismo para ponderar tu nobleza incomparable. Oigamos lo que nos dicen los Libros santos: "Hagamos, dijo el Señor, hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza." Al hombre, dice, criatura mortal: y para vivificar su cuerpo fabricado por manos divinas, se recoge Dios en su interior a nuestro modo de ver, lanza un suspiro de lo más profundo de su corazón, y el hombre habla, piensa, siente y ama. El suspiro, el aliento de Dios es el principio de nuestro ser y de nuestra vida racional. ¿Puede apetecerse origen más noble, más alto, más divino? Mira, pues, lector mío, si tienes motivo sobrado para santamente enorgullecerte, mirando a tu origen según enseña la fe. Más no des oídos, si amas tu dignidad, a esa gárrula filosofía, o mejor sofistería que se afana por hacerte creer que eres hijo o hermano del mono, del berzo, o de la piedra. Bien se ha dicho que no hay disparate, por grande que sea, que no haya sido patrocinado por algún filósofo. Y ¡justo castigo el que llevan los racionalistas y orgullosos de nuestros días que desprecian la fe, la revelación!. Se ríen de los antiguos porque a tal degradación llegaron que creyeron buenamente lo que de ellos dijo con sátira mordaz un poeta: ¡Bienaventuradas gentes en cuyos huertos nacen los dioses que adoran! " y no reparan que abusando y corrompiendo lo mejor y más noble de la creación, lo que es hecho a imagen y semejanza de Dios lo hacen de la vil condición del animal inundo y de las plantas. A lo menos pecaron engrandeciendo lo vil los pueblos antiguos; mas nuestros modernos filósofos pecan rebajando lo grande y

envileciéndolo. ¡Justo castigo del orgullo humano, repetimos, condenado a degradar cuanto toca!.

Si, pues, grande eres según tu origen, y por ende digno de ser estimado en precio infinito, más grande todavía eres por el fin a que has sido sublimado.

Podía Dios dejarte en estado natural y darte tan solo una felicidad natural también, sin hacerte ninguna injusticia, porque otra cosa no exige tu naturaleza. Pero Dios, que es rico en misericordia, quiso elevarte y engrandecerte proponiéndote un fin sobrenatural, el mayor que puede imaginarse y desearse, pues él mismo se te ofrece por tu premio, tu corona y tu felicidad.

Como eres hijo del corazón de Dios, quiso graciosamente el Señor que este hijo, aunque ausente por algún tiempo de él mientras peregrinaba por este mundo, volviese por fin a la casa paterna de donde salió para recibir un estrecho abrazo de su Padre, un beso de amor, un ósculo de eterna paz y felicidad. Como tu alma es un suspiro de su extremado amor, ha dispuesto el Dios de amor que ese suspiro vuelva a donde salió, después de algún tiempo, pues parece no se halla contento su corazón no teniéndole en su seno para recrearse con él. Este es tu fin, oh alma cristiana, y sólo en la posesión perfecta de tu Dios y Señor hallarás contento, regalo y sosiego. Pregunta al cielo, a la tierra, a las aves y flores, fuentes y aguas, si son tu fin; y te responderán con el Profeta: No los somos; somos tan solo obra de sus manos. Pregunta a las riquezas, honores, placeres y demás glorias mundanas si son tu fin, y te repetirán: No lo somos, porque el Señor nos ha hecho y no nosotras a nosotras mismas.

Nada, pues, de cuanto ves, oyes y palpas es digno de tu atención y de tu aprecio, porque ninguna de estas cosas basta para llenar la inmensidad y grandeza de tu alma. No te contentes, pues, con ninguna de estas miserias y ruindades y naderías de la tierra que el mundo loco ama y admira con frenesí; para cosas mayores has nacido que para ser esclavo de las concupiscencias de la carne. Eres digno de Dios, capaz de ver amar y gozar de Dios; y ¡ay de ti si te contentas con menos que Dios! Te condenarías sin remedio. Esto es condenarse, dice el angélico Doctor, contentarse el alma con menos que Dios, convirtiéndose al bien mutable. Es decir que sólo se condenan los que se empequeñecen, y fuerzan la grandeza de su corazón a que se contente con la miseria y la vil escoria.

¡Oh alteza de la religión católica! Oh sublimidad de la doctrina cristiana! El hombre fuera de ella se pierde porque, aspirando a ser grande, se envilece y empequeñece, estimando por cosas dignas las que no merecen aprecio. Se condena el alma tan solo porque se da por satisfecha con poco, porque su corazón es poco exigente. ¡Cuán bien sentía esta verdad la gran Teresa de Jesús al exclamar: "Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, sino es en Dios o por Dios: no hay descanso que no canse, porque se ve ausente del verdadero descanso!"

Dilata, pues, oh hombre, los senos de tu alma; desprecia como indigno de ti lo que no sea Dios, y no te ayude a acercarte más a él. Cuando al paso te salgan todos los engaños del mundo y los halagos de la carne para oscurecer tu mirada y entorpecer o torcer tu marcha al cielo, a la inmortalidad, a lo infinito, a Dios; diles con acento resuelto y ánimo levantado, con noble altivez que tan bien sienta en los pechos cristianos: Apártate de mí; retrocede: no mereces mi atención. No ha de ser esclavo de las criaturas viles el que ha nacido para hollar sobre ellas gozándose en los eternos brazos de todo un Dios.

Oh alma angelical de Teresa de Jesús, que ya gozas sin temor de tu gozo, embebida siempre en las alabanzas de mi Dios! Venturosa fue tu suerte. Y ¡qué envidia te tiene mi alma, que ya estás libre del dolor que dan las ofensas tan grandes que en estos desventurados tiempos se hacen a mi Dios, y de ver tanto desagradecimiento y ceguera! ¡Oh bienaventurada ¡Oh bienaventurada ánima celestial! Ayuda a nuestra miseria, y séenos intercesora ante la divina misericordia, para que nos dé algo de tu gozo, y reparta con nosotros de ese claro conocimiento que tienes, para que podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima, pues no es pequeña lástima y confusión que por nuestra culpa no entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quiénes somos¹.

Sírvate, lector querido, estos breves apuntes para elevarte en estos días de envilecimiento y degradación sobre tantas miserias. Sean como mojones que te muestren dónde has de fijar tu pie en el camino de la vida para no hundirte en el cieno. Ayúdate a conservar siempre puros y limpios los blancos vestidos del alma que en el Bautismo recibiste, y te preserven de las salpicaduras del fango que se levantarán a tu paso. Graba en tu corazón esta máxima tan cristiana, y que te dará verdadera libertad y grandeza. Es de la gran Teresa de Jesús, humildísima y grandísima. Óyela, y serás grande siempre si la conservas en tu

¹ Santa Teresa de Jesús, Exclam. 13, y Morada 1ª, c.1

memoria y es la regla de tu vida. “No consintamos que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró con su sangre.” (*Santa Teresa de Jesús, C. de perf., c. 4*).

DESDE LA SOLEDAD...

Si alguna vez en mi vida desde que resido en apacible soledad he tomado la pluma con gran contentamiento de mi alma, ha sido en esta ocasión, después de haber llegado a mis manos, aunque con notable retraso por el mal servicio de correos sin duda, el número de noviembre de la preciosa *Revista Teresiana*.

¡Aún hay fe en Israel! exclamé alborozado. Dios se apiadará de mi España, pues la distingue entre todas las naciones del mundo, haciendo nacer en ella una institución tan admirablemente oportuna, tan divina como es la Asociación de jóvenes católicas, hijas de María inmaculada y Teresa de Jesús, patronas de las Españas.

¡Gracias, Jesús de Teresa! ¡Gracias mil, Teresa de Jesús! porque por fin habéis oído los clamores de vuestro Solitario, que de día y de noche quisiera hacer oír a todos los mortales vuestras olvidadas encomiendas: “ ¡ Almas, orad, orad, orad, porque todo lo puede la oración, porque el alma que ora se salva, la que no ora se condena; porque España, y la sociedad actual no se regenerará si no ora, si no acude preferentemente a la oración.” Ya tiene el Solitario, que no ve en el mundo sino disipación, desenfreno y pecados, un motivo de consuelo, considerando que algunas, muchas almas escogidas, aunque no tantas cuantas desea, emplearán todos los días un cuarto de hora de oración y soledad, consolando a Jesús, y ansiando oír, en el silencio del alma, su voz divina, sus quejas, sus deseos, sus peticiones. España sobre todo, y en especial la teresiana Tortosa y su diócesis, ofrecerán a mi espíritu fatigado motivos de santa recreación y alegría. Contemplaréla ya, no como erial espinoso del que no brotan más que el cardo y abrojos, sino como jardín de delicias, donde florecen y crecen la modesta violeta, el nevado lirio y la fragante rosa. No como desierto de la vida, sino como valle umbroso, ceñido de bosques frondosos, donde se anidan las aves del cielo en los árboles de la mirra e incienso aromático dando gloria a Dios. ¡ Gracias, Jesús de Teresa! ¡Gracias mil, Teresa de Jesús! Donde quiera que descubra una de tus hijas, allí habrá una flor de celestial perfume, aunque ceñida de espinas; un pararrayos de las iras del cielo en medio de nubes de tormenta; un lugar de descanso y de limpieza entre tantos lugares inmundos y de tormentos.

Es pensamiento divino, sí, lector querido, el procurar que todas las jóvenes doncellas españolas vivan animadas del espíritu y deseos de Teresa de Jesús, se alimenten con el pasto de su celestial doctrina, y renuncien a Satanás y a sus obras y pompas. ¡Oh! si el espíritu de teresa de Jesús alentase el pecho de la juventud femenil española, ¡cuán presto España sería regenerada y ocuparía el primer lugar en el concierto de las naciones europeas, como en los días de Teresa! ¡Ay! si en mis manos estuviesen todos los corazones de las jóvenes católicas, pronto estaría cumplido plenamente mi deseo! Tú, pues, oh Jesús de Teresa, en cuyas manos están los corazones todos, inclínalos a las luces de tu amor. Haz conocer a todas las doncellas españolas, y a los sacerdotes todos, el espíritu de tan sencilla y eficaz Asociación. Si no por nuestros méritos, si no por las pobres oraciones que todos los días te dirige a este fin tu humilde Solitario, a lo menos por los méritos y súplicas de tu esposa Teresa, pues bien recordarás, no habrás olvidado, Bien mío, que prometiste no negar cosa que se te pidiese en nombre de Teresa de Jesús. Sé, pues, fiel a tus promesas, Jesús de mi alma, haciendo que crezca y se extienda más y más cada día, animada del verdadero espíritu de Teresa, tan santa Asociación; no sea caso se diga de ti, como de los hombres mentirosos, que prometes y no cumples lo que prometiste.

Si no fuera porque estoy de enhorabuena, por dar gracias, reñiría al fundador de tan trascendental Asociación. Yo, que creía honrarme conociendo los secretos de su pecho, no he traslucido nada hasta que ha sido obra. Aunque ya veo la razón. Mi Madre Teresa de Jesús me ha descubierto el secreto de su proceder modesto, cuando nos enseña que en las cosas de Dios conviene pocas palabras y muchas obras; *que primero se hagan, se entre como se pueda en la realización de las empresas de mayor gloria de Dios,-* pues solamente los principios son penosos,- antes que se divulguen entre propios y extraños. Mi secreto para mí, mi secreto para

mí. ¡Bien, pues, por el fundador y director de la Asociación y de la *Revista Teresiana*! Bien hayan las jóvenes católicas de Tortosa, las primeras que han levantado e izado a los cuatro vientos la bandera inmaculada de María y Teresa de Jesús!

¡Que nunca se caiga de vuestras delicadas manos esta enseña gloriosa de salvación, jóvenes animosas, antes bien con vuestro ejemplo y constancia confundid a tantas almas viles y menguadas que han desertado de las banderas de su Dios! Con vuestra modestia y oración convertid a tantas jóvenes casquivanas e insustanciales que arrancándose de su frente la diadema de gloria y gracia que en el Bautismo recibieron la arrojan en el fango y en el camino de la vida para que sea hollada e insultada, y se ciñe ¡necias! la toca de la ignominia de una corona de espinas, de burla y de ludibrio que el mundo les ofrece en cambio del sacrificio de su pudor, de su conciencia y de su dignidad cristiana.

Sois llamadas, jóvenes teresianas, a regenerar la pobre España. Sois destinadas a hacer que reviva la gran figura y espíritu católico español de Teresa de Jesús en nuestra patria. Sois vosotras las que debéis hacer principalmente en primera línea que la España del revolucionario siglo XIX torne a ser la España católica del siglo de Teresa. No lo digo yo, lo dice el sabio Prelado y celoso teresiano que os alentó a proseguir con su palabra apostólica en tan santa empresa.

Penetraos, pues, del espíritu de vuestra humilde Asociación, que no es otro que espíritu de oración, de celo por los intereses de Jesús, de amor; en una palabra, el espíritu apostólico de vuestra gran patrona Teresa de Jesús. Amad vuestra Asociación gloriosa como una hija ama el regazo de su madre, y estimad como uno de los más apetecibles timbres el pertenecer a ella, vivir de su espíritu y morir en su seno para de allí ser trasportada vuestra alma por las manos de Teresa a recibir el premio de vuestros desvelos.

Lograréis tanta dicha vosotras y todos los católicos, si sois fieles en hacer todos los días un cuarto de hora de oración en soledad, práctica que es como el fundamento de vuestra Asociación. Os lo promete en nombre de Teresa de Jesús el mínimo de sus devotos hijos que mora en la mansión de paz,

El Solitario.

SECCIÓN HISTÓRICA.

LA VIRTUD EN ACCIÓN.

No hay en esta vida cosa ni más dulce, ni más apacible, ni más amable que la virtud.

(San Juan Crisóstomo).

Vida de la Venerable Catalina de Jesús. (Conclusión).

Como ella se vio súbitamente buena, trató con su confesor y con el médico, que la llevasen a otro pueblo, para que pudiesen decir la mudanza de la tierra lo había hecho. Ellos no quisieron; antes los médicos lo publicaron, porque ya la tenían por incurable, a causa que echaba sangre por la boca tan podrida, que decían eran ya los pulmones. Ella se estuvo tres días en la cama que no se osaba levantar, porque no se entendiese su salud: mas como tampoco se puede encubrir como la enfermedad, aprovechó poco. Díjome que el agosto antes, suplicando un día a Nuestro Señor, o que le quitase aquel

deseo tan grande que tenía de ser monja y hacer el monasterio, o le diese medios para hacerle; con mucha certidumbre le fue asegurado que estaría buena a tiempo que pudiese ir a la Cuaresma, para procurar la licencia. Y así dice que en aquel tiempo, aunque las enfermedades cargaron mucho más, nunca perdió la esperanza que le había el Señor de hacerle esta merced. Y aunque la olearon dos veces, tan al cabo la una, que decía el médico que no había para qué ir por el óleo, que antes moriría, nunca dejaba de confiar del Señor que había de morir monja. No digo que en este tiempo que hay desde agosto hasta san Sebastián, la olearon dos veces, sino antes. Sus hermanos y deudos, como vieron la merced y el milagro que el Señor había hecho en darla tan súbita salud, no osaron estorbarle la ida, aunque parecía desatino. Estuvo tres meses en la corte, y al fin no se la daban. Como dio esta petición al rey, y supo que era de Descalzas del Carmen, mandóla luego dar.

Al venir a fundar el monasterio, se pareció bien que lo tenía negociado con Dios en quererlo aceptar los perlados, siendo tan lejos y la renta muy poca. Lo que su Majestad quiere no se puede dejar de hacer. Así vinieron las monjas al principio de Cuaresma año 1575. Recibiólas el pueblo con gran solemnidad, y alegría y procesión. En lo general fue grande el contento, hasta los niños mostraban ser obra de que se servía Nuestro Señor. Fundóse el monasterio llamado san Josef del Salvador esta misma Cuaresma día de santo Matía.

En el mismo tomaron hábito las dos hermanas con gran contento: iba delante la salud de D^a. Catalina. Su humildad, obediencia y deseo de que la desprecien, da bien a entender haber sido sus deseos verdaderos para servicio de Nuestro Señor. Sea glorificado por siempre jamás.

Díjome esta hermana entre otras cosas, que habrá cuasi veinte años que se acostó una noche deseando hallar la más perfecta religión que hubiese en la tierra, para ser en ella monja, y que comenzó a su parecer a soñar que iba por un camino muy estrecho y angosto, y muy peligroso para caer en unos grandes barrancos que parecían, y vio un fraile descalzo, que en viendo a fray Juan de la Miseria (un frailecico lego de la Orden, que fue a Veas estando yo allí) dice que le pareció el mismo que había visto, le dijo: Ven conmigo, hermana, y la llevó a una casa de gran número de monjas, y no había en ella otra luz sino de unas velas encendidas que traían en las manos. Ella preguntó qué Orden era, y todas callaron y alzaron los velos y los rostros alegres, y riendo. Y certifica que vio los rostros de las hermanas mismas que ahora ha visto, y que la priora la tomó de la mano, y la dijo: *Hija para aquí os quiero yo*, y mostróle las constituciones y regla: y cuando despertó deste sueño, fue con un contento, que le parecía haber estado en el cielo, y escribió lo que se le acordó de la regla y pasó mucho tiempo que no lo dijo a confesor, ni a ninguna persona, y nadie no le sabía decir desta religión.

Vino allí un Padre de la Compañía, que sabía sus deseos y mostróle el papel, y díjole: *Que si ella halláse aquella religión, que estaría contenta, porque entraría luego en ella.* Él tenía noticia destes monasterios, y díjole, cómo era aquella regla de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, aunque no dio (para dársela a entender) esta claridad, sino de los monasterios que fundaba yo; y así procuró hacerme mensajero, como está dicho. Cuando trajeron la respuesta estaba ya tan mala, que le dijo su confesor que se sosegase, que aunque estuviera en el monasterio la echarían, cuanto más tomarla ahora. Ella se afligió mucho y volvióse a Nuestro Señor con grandes ansias, y díjole: *Señor mío y Dios mío, yo sé por la fe que Vos sois el que todo lo podéis; pues, vida de mi alma, o haced que se me quiten estos deseos, o dad medios para cumplirlos.* Esto decía con una confianza muy grande, suplicando a Nuestra Señora por el dolor que tuvo cuando a su Hijo vio muerto en sus brazos, le fuese intercesora. Oyó una voz en lo interior, que le dijo: *Cree y espera, que yo soy el que todo lo puede, tú tendrás salud; porque el que tuvo poder para que de tantas enfermedades, todas mortales de suyo, no murieses, y les mandó que no hiciesen su efecto, más fácil le será quitarlas.* Dice que fueron con tanta fuerza y certidumbre estas palabras, que no podía dudar de que no se había de cumplir su deseo, aunque cargaron muchas más enfermedades, hasta que el Señor le dio la salud que hemos dicho. Cierto parece cosa increíble lo que ha pasado, a no me informar yo del médico, y de las que estaban en su casa, y de otras personas (según soy ruin) no fuera mucho pensar, que, era alguna cosa encarecimiento.

Aunque está flaca, tiene ya salud para guardar la regla, y buen sujeto: una alegría grande, y en todo (como tengo dicho) una humildad, que a todos nos hacía alabar a Nuestro Señor. Dieron lo que tenían de hacienda entrambas, sin ninguna condición a la Orden; que si

no las quisieran recibir por monjas, no pusieron ningún premio. Es un desasimiento grande el que tiene de sus deudos y tierra; y siempre gran deseo de irse lejos de allí, y ansí importuna harto a los perlados, aunque la obediencia que tiene es tan grande, que ansí está allí con algún contento; y por lo mesmo tomó velo, que no había remedio con ella fuese del coro, sino freila, hasta que yo la escribí, diciéndola muchas cosas, y riéndola porque quería otra cosa de lo que era voluntad del Padre provincial; que aquello no era merecer más; y otras cosas, tratándola ásperamente. Y este es su mayor contento cuando ansí la hablan: y con esto se pudo acabar con ella, harto contra su voluntad. Ninguna cosa entiendo desta alma, que no sea para ser agradable a Dios, y ansí lo es con todas. Plega a su Majestad la tenga de su mano, y le aumente las virtudes y gracias que le ha dado para mayor servicio y honra suya. Amén.

SU RETRATO

Casi haríamos traición a nuestros propios sentimientos, si acallando muy íntimas, puras y agradables impresiones, no dijésemos una sola palabra acerca del éxito obtenido por las fotografías de la imagen de santa Teresa de Jesús.

¡Qué de dulcísimas complacencias no han producido en las almas esos retratos! ¡Qué de sorpresas tan agradables no han causado a muchos bien nacidos corazones! ¡Qué hidalgos sentimientos no han despertado en el fondo de muchas almas!

¡Cuánta sonrisa en los labios, cuánto consuelo en los corazones, no ha sembrado la encantadora imagen de nuestra celestial Teresa, al tender su vuelo por esos mundos; pues infinitamente copiada por la fotografía, hémosla arrojado en pequeñas hojas, ligeras como ampos de nieve, a los cuatro vientos del cielo, exclamando con legítimo orgullo: Ahí la tenéis, corazones amigos, estrechamente unidos por la lazada del afecto a Teresa; ahí la tenéis tan bella como la concibió vuestra mente, como la quiere vuestro corazón: nosotros la hemos visto, y se ha llevado consigo alguna cosa, lo mejor de nosotros mismos!

¿No es cierto que a ese *algo* nuestro háse también juntado *algo* muy querido de vuestro corazón?

Nosotros lo sabemos.- Ya es una muy distinguida persona la que nos escribe que, abatida por dolores físicos y desfallecimientos morales, ha sido felizmente sorprendida por nuestro retrato, y tan profunda, tan bienhechora e inexplicable impresión ha producido en su ánimo, que sus dolores han cesado y calmáronse de repente sus penas como a la poderosa voz de un sagrado conjuro.

Ya es un alma sacerdotal, joven y entusiasta, la que, al recibir la fotografía siente germinar en su pecho la hirviente semilla de grandes y nobilísimos proyectos, y sólo en aclamaciones de placer y de júbilo puede desahogar su pecho de la dicha que le embarga.

Ora es un alma piadosa y tierna que, moradora del claustro, al ver en manos amigas la peregrina imagen, venciendo a su natural timidez su apasionado cariño a la Santa, no vacila en afirmar que todos los días de su vida rogará a Dios por el que le diere un retrato semejante, quedando muy pronto satisfechos sus deseos, al recibirlo de manos que delicadamente se le ocultan.

Ora son niños y niñas los que, amantes por instinto de lo bueno y hermoso, levantan con avidez sus manecitas, y no se contentan hasta poseer aunque no sea sino uno de los diminutos retratos de santa Teresa.

Ya son hijos de Francia, Bélgica o Inglaterra, los que en cartas, perfumadas con el sahumero de esa simpática devoción teresiana (como ellos nos dicen) que todo ya lo invade, vienen de allende los mares a significarnos con encarecidas frases lo mucho que en sus respectivos países ha gustado la fotografía de santa Teresa.

Sí, nosotros queremos también decirlo. Se nos han mandado de varios puntos fotografías que representan grandes lienzos o esculturas de la Santa; pero todas son muy inferiores, se quedan todas muy atrás de nuestra imagen. Todos lo reconocen así, y a pesar del pésimo estado de los correos, se nos hacen sin cesar pedidos de todas partes.

“He quedado prendado de su santa Teresa,” nos escribía un amigo nuestro, bastante inteligente en achaque de pinturas y fotografías. Y ¿quién no lo ha quedado? volvemos a repetir. ¡Ah! dispensen nuestros lectores; nos olvidábamos ya de que una voz amiga nos ha

advertido en caridad, ¿acaso de este o aquel otro defecto, de alguna fealdad por ventura, de falta de gracia o mística unción? Nada de eso, queridos lectores; la gravísima falta, el imperdonable pecado, nos ha dicho nuestro buen amigo, es ser *demasiado rica y hermosa*.- Con que, ya lo sabéis... Batid palmas con nosotros, devotos teresianos, celebrando el feliz reparo del amigo.

Si alguna vez hemos de bendecir con el alma el precioso invento de Daguerre, la fotografía, es en la ocasión presente. ¡Cuántas veces lo hemos dicho! ¿Qué daríamos por tener colgado de la pared de nuestra alcoba el retrato de aquella madrecita nuestra, a quien vimos, con lágrimas en los ojos, sepultar bajo la verde hierba del cementerio? Es verdad que el corazón guarda el tesoro de su memoria sagrada; pero ¿dónde está, Dios mío, el reflejo, la luz de aquella alma, que a herir vendría siempre nuestros ojos y perpetuamente refrescaría nuestras memorias. ¿Dónde está la querida imagen de aquel corazón adorado, que nosotros miramos y nos miraría sin cesar?

¡ Bendito sea el señor, que podemos adornar nuestro cuarto con la imagen de nuestra celestial amiga, con el bello trasunto de la amada de nuestro corazón y cariñosa madre, santa Teresa de Jesús! ¡Es tan dulce cosa dirigirle una mirada suplicante al levantarnos y al acostarnos!

Nunca sabremos olvidarlo. Era una mañana tibia de octubre, de esas que recuerdan las plácidas y sonrientes de primavera, cuando hicimos subir la imagen de la santa al alto obrador de un fotógrafo, a fin de retratarla. Una vez estuvo colocada en lugar conveniente, y arreglados que fueron los pliegues de su vestido por las delicadas manos de unas señoritas, y se corrieron estas cortinillas azules, y se descorrieron las otras, en aquel retrete de cristales, a fin de dar con el conveniente tono de luz; cuándo vimos al fotógrafo, cubierta la cabeza de negro capuchón juntar sus ojos al lente de la misteriosa máquina; en aquellos momentos decisivos, solemnes como todos los que preceden a un suceso trascendental y que se rodea de cierto misterio, momentos en que todo el mundo instintivamente calla, como temiendo turbar el vuelo del invisible espíritu que se cierne sobre nosotros; en esos momentos (decimos) como si se sonriera de vivísimo gozo, al ver tan divina beldad, el sol, rutilante como nunca, envió sus más limpios y aquilatados rayos, y besando con amoroso y castísimo ósculo las puras y hechiceras facciones de la Santa, reverberó en el preparado cristal sus graciosos contornos, y dibujó, fijándolas, sus encantadoras líneas, y retrató, perpetuándolo, el cautivador hechizo de su mirada, de su claro oscuro, de sus golpes de luz.

Miramos, tras unos momentos, el cristal, y la reconocimos: era *ella* misma.

¡Y cosa extraña! pasado que fue ese día, como si ya no tuviese cosa que hacer, se nos escondió el sol muy bonitamente, como si dijese para su corona de oro:- ¿Qué demonche debemos hacer aquí, si ya *la* hemos visto? – Pues, mire V., que nos quedamos tan frescos (nos dijo el fotógrafo) si aguardamos un día más para retratar la imagen.- No, hombre de Dios, le contestamos; el sol se hubiera esperado hasta *verla* para después esconderse, como ha hecho.

Por fin, nos atrevemos a creer que santa Teresa de Jesús no nos echará en cara, ni al escultor, ni al fotógrafo, ni a nosotros, aquellas palabras, graciosas en verdad como todas las suyas, que dirigió al P. Fr. Juan de la Miseria, pintor de brocha gorda por más señas, y que nosotros no quisiéramos merecer. Fue, pues, el caso que dicho Padre de la Miseria, mísero ciertamente en la pintura, aunque rico por otra parte en sencillez y piedad, tuvo el dichoso encargo de retratar en el lienzo a la Santa, a lo que debió esta someterse por santa obediencia. Sucedió – y aquí viene lo bueno – que después de haberla molido grandemente, haciéndola cambiar de posturas, y reprenderla por si se reía, al ver la simplicidad de su rudo pintor, le dijo la Santa con aquella sal y donaire que Dios la había dado: - “ Dios te lo perdone, Fr. Juan, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa.”

Todo el mundo dice, oh gran Teresa, que nosotros no lo hemos hecho así; si también a ti te pareciese lo mismo, ¡Qué dicha para nosotros! - **J.A.**

P.D. Escritas las precedentes líneas, hemos recibido una preciosa carta que viene por dulcísima manera a confirmar lo que arriba decimos, y que por el ingenuo y amable candor con que está escrita, creemos que embelesará y cautivará a nuestros lectores de la propia manera que a nosotros nos ha embelesado al leerla. Que nos dispense su piadosa autora si la transcribimos con toda su encantadora sencillez, tal como se la dictó el corazón, en gracia de nuestro objeto.

J.M.J. y Teresa.

Badajoz 21 de diciembre de 1873

Muy señor mío: Fue en mi poder su grata con la preciosísima fotografía de mi adorada Madre. ¿Qué le diré sobre su hermosura? ¡Encanta al mirarla! y tiene un atractivo, que no se puede menos de decir: "Sí, esta es mi Madre." La santa Madre, como tan agradecida, se lo pague y les dé gloria, a V. como primer móvil, y a las *jóvenes católicas* y a todos los que han contribuido a darle tanto culto en la tierra. En esta ocasión si que no había de decir la Santa como en otra: "Que la habían sacado fea y legañosa." En fin, señor Director, nos ha llenado tanto, que al ponerla en paralelo con la nuestra (que será de la estatura de esa, nos quedamos como suspensas, y casi no sabemos dónde tirarnos; porque ya teníamos creído que como la nuestra no se hacía otra, porque es bellísima: ¡qué ojos! ¡qué boca! ... en fin, ¡qué todo! Encanta mirarla... parece nos está hablando. ¡Ay, qué gusto tan grande tendría si viera V. el escapulario que una Religiosa de esta casa le está bordando, advirtiéndome que no ha tenido otra maestra que lo que la santa Madre le enseña! ¡Oh! si Tortosa se pudiera trasladar a Sevilla, me parece no quedaba V. sin verlo, porque se había de alegrar. El escapulario empieza en el medio de arriba con el escudo de la Orden, bordado de canutillo de oro, y está sobre unas nubes de plata, sombreadas con sedas y cielo *celestes*; a los lados lo cierran dos azucenas de oro, también sombreadas con sedas; debajo del escudo hay un ramo de hortensias, que parece que propiamente han caído sobre ellas las escarchas de este mes. En fin, así va siguiendo con unas dalias preciosas, y concluye con las armas de su casa. Le digo a V. que se alegraría mucho de verlo.

Hemos escrito a Portugal y dado a conocer la *Revista*, porque la verdad es que tenemos hambre de suscripciones.

Reciba V. los afectos de toda esta Comunidad, y mande a su segura servidora que en Jesús le ama,

Margarita de la Presentación,
Presidenta.

UNA IDEA FELIZ.

Era el otro día por la mañanita, cuando acerté a subir en la casa de una familia muy amiga mía, precisamente en los momentos en que toda ella estaba reunida en el comedor, desayunándose a la española con el tradicional chocolate.

Me invitaron a acompañarles, como es regular, a lo que no accedí, pues acababa de tomarlo.

Hablando estábamos de cosas indiferentes, cuando, al concluir el desayuno, noté que el hijo menor, listo muchacho que sabe leer de corrido, tomó de una mesita un libro, que a mí me pareció el *Almanaque teresiano*, dirigiendo al propio tiempo una mirada interrogadora a su padre.

- Sí, hombre, sí, le contestó este, lee los santos del día de hoy, el suceso relativo a la Santa, verificado en este mismo día, y sobre todo, la máxima escrita por santa Teresa de Jesús.

Yo me callé como un muerto, y todos hicieron lo propio, mientras el niño leía los Santos del día, el hecho de aquel día, y después, con más pausada y solemne voz, la máxima correspondiente, que recuerdo era ésta: *Gran merced hace Dios a quien pone en compañía de buenos.* (V., c. 2).

La repitió de nuevo el niño, y noté que todos la murmuraban entre dientes.

En esto vi como el muchacho le decía al oído a su hermanita, con mortificante insistencia: Sí, sí, tu pagarás, Carmencita; hoy si que no te escapas.- Que no, que no, le contestaba ella, haciendo pucheritos; que ya casi me la sé, y sólo hago un punto.

-¿Que no entiende V. esto? (prosiguió) que todos los de esta casa, grandes y pequeños, con las criadas también, hemos hecho este contrato: aprender todos los días la máxima que diariamente trae el *Almanaque teresiano*, bien entendido, que aquel o aquella que antes de cenar la recite perfectamente y sin hacer un punto, pagará sin misericordia la suma de

dos cuartos, que al fin del año se invertirán en un objeto de común utilidad, que se determinará por mayor número de votos.

En este momento, la madre y los niños exclamaron a una:

-Se ha de invertir todo en obsequio de santa Teresa de Jesús.

-Bien, yo lo celebro, dijo el padre; pero os dejo en libertad de acción.

-Pero, ¿y cómo aprenden todos, sobre todo las criadas, esa máxima? pregunté yo.

-¿Cómo? Pepe (contestó) la leerá al desayunarnos dos o tres veces; antes de comer, dos o tres veces más, y antes de cenar se hace el examen, a ver quién paga los cuartos. ¿Qué le parece a V. el pensamiento?

-Soberbio. Pero y el tribunal para fallar en ese examen diario, ¿quién lo constituye?

-Me parece me toca a mí, dijo el padre, por derecho de antigüedad; pero, eso sí, después de decir la máxima delante de todos.

-Sabe V., dije yo, que me agrada ese pensamiento? ¿Sabe V. que merece copiarse?... De modo y manera que, sin casi advertirlo, al fin del año se habrán hecho con un tesoro de máximas notables y pensamientos delicados de la Santa, que no habrá sino oírles? Si le digo a V. que es una idea feliz, que yo le aseguro a V. no ha de caer en saco roto. Voy a ponerla en planta y decirla a mis amigos.

-Pues, hombre, si le parece a V. que vale la pena, ¿hay más que ponerlo en la *Revista*, y así lo sabe todo el mundo?

-Y tiene V. razón. Voy a copiar de *be* a *ba* este diálogo, y estamos al cabo de la calle.

Un amigo mío, que ha leído el precedente diálogo, exclama sentidamente:

-¡Ah! si las familias cristianas alimentasen diariamente su espíritu con el sustancioso manjar de la celestial doctrina de santa Teresa de Jesús, repartido como a bocaditos por medio del *Almanaque teresiano*, qué vigor y robustez no cobrarían, y cómo se regeneraría pronto nuestra pobre España! – **A.**

¡AMAMOS AL NIÑO DE BELÉN!

Así exclamaba transportado de santo júbilo el Serafín de Asís para despertar el corazón de los mortales del sueño del olvido en que viven, sin acordarse de quien les ama con infinito amor. En verdad que el corazón que no responda a tan tierna invitación está muerto a todo lo más atractivo y seductor. Dios nuestro Señor quiere ser dueño de nuestra voluntad, quiere suavemente obligarnos a que le amemos por todos los modos y medios posibles. Y como dádivas quebrantan peñas, y el amor atrae al amor, nos ha colmado de bendiciones y favores, de dones y gracias. Previendo el Señor la dureza y rebeldía del corazón humano, para sujetarlo a su servicio, cercóle por todos lados de beneficios, en tal grado que de él no pudiese alejarse ni volverle las espaldas sin tener que saltar tan amorosa barrera, hollando con pie ingrato el suelo tapizado de ricas flores, que son los beneficios de Dios.

Más todavía hizo el Señor. Conociendo que los objetos sensibles son los que llamarían la atención del hombre con preferencia, y se dejaría dominar de la vista o apariencia de las cosas, dejó Dios su trono y despojóse de su infinita majestad, y vistióse ¿quién lo hubiera hecho sino el Señor? vistióse a la usanza de nuestra condición, y eligió, para dejarse ver entre nosotros por vez primera, la forma más hechicera, más seductora, más simpática a nuestro corazón. Tomó la forma de niño todo hermoso, todo agraciado para probar si de esta manera cautivaba nuestro amor por completo. Porque ¿qué corazón hay tan gastado y malo que no sienta inclinación a amar el candor y la inocencia? ¿Quién resiste a las gracias de un hermoso niño?

Y ¿qué hizo este Niño-Dios a quien llamamos Jesús? Colocóse en lo más alto de esta cerca de los beneficios divinos con que Dios circunvaló nuestro corazón y libertad, para llamar la atención del hombre, y con sus gracias infantiles atraer sus miradas, y con sus caricias ganarle la voluntad, y con sus amores y juegos robarle el corazón. Y este divino Niño si ve que algún corazón a pesar de tantos halagos se resiste, quiere abandonar la casa del buen Padre de familias, saltar la muralla que le cerca para irse al campo enemigo que le brinda con falsos placeres, llámale luego con amoroso silbo, y desciende de lo alto, y ruega y amenaza, y no consiente se vaya de su casa y del jardín de su regalo, sin humillarse y postrarse a los pies del ingrato y desamorado: solo le permite que logre su malvado intento pisoteando la sangre inocente que brotan a raudales sus heridas, heridas que le ha abierto el amor del hombre. Oh

qué horrendo crimen no solo desoír los ruegos y clamores de un inocente niño, insultar su llanto y su dolor, hollar su sangre, no compadecerse de sus heridas, sino dilatarlas aun con refinada crueldad! ¿Habrá ceguera y fiereza y saña mayor?

Entre Dios y el hombre, lector querido, hay de antiguo un pleito que viene sin tregua debatiéndose. Dios quiere que le demos el corazón, y para lograrlo no perdona sacrificios; y nosotros no queremos dárselo: he ahí la gran cuestión. Cada latido de nuestro corazón, y esto es literalmente exacto, es un impulso de Dios que quiere apoderarse de este corazón, y un movimiento del hombre que accede, o se niega. Yo estoy a la puerta y llamo, dice el Señor. Si el alma responde a cada aldabada: "¡Dios mío! os amo con todo mi corazón," vive Jesús en él; mas si resiste a estas sollicitaciones, muere eternamente.

No seamos, lector mío, del número de estos infelices, que después de haber andado por caminos difíciles en esta vida sin paz ni contentamiento del alma, estarán rabiando para siempre.

Amemos, sí, al Niño de Belén, porque es todo amable, todo deseable, y porque después de hacernos felices acá, puede darnos un reino eterno.

Amemos al Niño de Belén, pues todo nos convida a amarle. Si no le amamos porque es Dios, a lo menos amémosle porque por nuestro amor se ha hecho niño.

Amemos al Niño de Belén. Si no le amamos porque es niño agraciado, a lo menos amémosle porque es *nuestro* todo, todito.

Amemos al Niño de Belén, y nuestro corazón, como el de nuestra Madre y modelo Teresa de Jesús, gozará de hartura y contentamiento en el suelo, y de eterna dicha en la gloria.- **C.**

AL NIÑO JESÚS UNA CARICIA.

¡Oh hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
(*Santa Teresa.- Villancicos*).

Quiero cantar a Jesús
una canción que le aduerma,
mientras su Madre le mece
junto al umbral de su puerta.
Quiero cantar villancicos
que cantan en *noche buena*,
con panderos y zambombas,
los muchachos de mi aldea.
Quiero cantar... ¿pero cómo,
si se rompieron las cuerdas
del rabel que fue el encanto
de los chicos de mi tierra?
Si tú me dieras el tuyo,
graciosísima Teresa
¡cómo diría a tu Bien
cuatro coplas sandungueras!
Tú que viste sus hechizos
y su gracia retrechera,
cuando te dijo en el huerto
que era *Jesús de Teresa*;
tú que al ir por esos mundos,
le traías siempre a cuestras,
y le besabas, amante,
por los alcores y sierras;

dame tu fino gracejo,
dame tu sal y pimienta,
para cantar como tú
canciones de *noche buena*.

Dejad que yo me acerque
al Dios bendito,
chiquitito y gracioso
y mono Niño;
dejad que vaya,
y abrazarle yo pueda
con toda el alma.

Coloradas mejillas
de fresca rosa,
vivos ojos parleros
y riente boca...
Cien besos dame,
y después, vida mía,
torna a besarme.

De leche regalada
y dulces mieles,
es tu fresca boquilla
río perenne:
deja, amor mío,
que beba y me embriague
en ese río.

¡Oh! cuentan los pastores
que hay hielos crudos,
que soplan fríos vientos
por esos mundos:
yo, luz del alma,
si te beso y me besas,
no siento nada.

¿Cómo pueden las almas
sentir el frío,
de tu pecho amoroso
al dulce abrigo,
pues eres fuego
que da vida y enciende
al mismo hielo?

¡Ah! que quien te conoce
flor de los valles,
y aspiró tus perfumes
al alma suaves,
nunca mas precia
los olores de muerte
que da la tierra.

Para aquel que ha gustado
el dulce aroma
que, nadando en delicias,
fluye tu boca;
solo de espinas

y de abrojos plantado
el mundo mira.

Botoncito de rosa
que entre la nieve
a los rayos de invierno
ríes alegre:
deja que humilde
a tu tallo me acerque
y te acaricie.

Ya lo habéis visto, zagales
y muchachas de la sierra;
no me digáis mas que os cante
canciones de *noche buena*,
como las cantaba un día
con vosotros en la aldea,
al compás de los panderos,
sonajas y castañuelas;
que olvidé ya las tonadas
que de tanto gusto os eran,
mientras tocabais vosotros,
y se oían por las cuestas,
entre rumores de esquilas,
suaves balidos de ovejas,
y se alegraba el contorno
con nuestra rústica fiesta.

Ya que su rabel tampoco
me prestó la gran Teresa,
con que cantar a Jesús
unas tonaditas nuevas;
habré, al fin, de contentarme
con postrarme a la presencia
de Jesús recién nacido,
y decirle a mi manera,
mientras que le pongo un beso
en su boquilla hechicera:
"Toma para Ti este beso,
mi Bien, mi amor y mi Prenda."

J. A.

LOS CAMPOS OBSEQUIANDO A SANTA TERESA DE JESÚS

(Conclusión)

Quise, después de la comida, proponer a mis hermanitas un paseo por la orilla del mar, pero me batí en retirada, cuando, del todo sorprendida, exclamó Teresina:

- _ ¿Pues no sabes tú la fiesta de esta tarde?
- _ ¿Qué fiesta ni niño muerto? repuse yo.

_ Gran procesión a la ermita y otras muchas cosas más, que de seguro nos han de divertir mucho.

_ No, esta si que no se la paso a mi buen amigo el señor Cura. ¡Sin decirme nada! Habrá querido sorprenderme sin duda.

A fin, pues, de obsequiar a santa Teresa y dar gusto a mis hermanitas, quise también formar parte de la procesión, que, después de cantarse Vísperas solemnes como en los días clásicos comenzó a salir de la parroquia con dirección a la ermita, la misma que V. visitó conmigo el verano pasado. Siempre recordaré con gusto la agradable impresión que a V. le hizo, con su fachada blanca como la nieve, destacando su espadaña entre lo oscuro de los apiñados cipreses, que a su alrededor se levantan, severos e imponentes como una escolta de honor; dominando todos estos verdes vallecitos cubiertos de viñedos, salpicados aquí y allá de graciosas cabañas, y ofreciendo, un poco más lejos, la playa y la brillante extensión del mar, cuyo remoto, azulado, confín se confunde con el azul de los cielos... Pues a esa ermita nos dirigimos, se puede decir que todos los de la aldea, hombres y mujeres, grandes y pequeños. Los niños a dos hileras, rompiendo la marcha; seguían los hombres, con velas encendidas la mayor parte; después los mayordomos de las tres o cuatro cofradías, con su pendón de seda y de distinto color cada uno, llevando ellos hachas encendidas en sus manos, y cubiertos de un largo y extraño roquete, planchado en anchos y poco iguales pliegues; luego los cantores, sacristanes y el señor Cura con capa pluvial; y detrás un coro de niñas que, vestidas de blanco lino y con aromas de rosas en la cabeza, cantaban, acompañadas de los indispensables gaita y tamboril, una bonita letrilla a santa Teresa, a que el pueblo respondía con una fácil y melodiosa tonada. Delante del señor Cura iba la peana, muy mona por cierto, de santa Teresa, sobre cuya base adornada de doradas y elegantes labores, se levantan en los cuatro ángulos unas graciosas columnitas, tapizadas de lienzo blanco, sobre el cual corren, formando espiral, cintas y listones de seda, de vario color. Cuelgan de los arquiteos, entre multitud de relicarios, *evangelios* y otras preciosas chucherías, una porción de sonoras campanillas que no cesan de repicar alegremente, mientras los apuestos mozos caminan, envanecidos de llevarla en sus hombros. Entre las voces argentinas de las niñas, el armonioso concierto de las campanillas, el sempiterno gritar de la gaita y los golpes del tamboril, los pendones que azota el aire, tanta luz y tanta gente, uniendo las voces y fundiendo en una todas las almas, créame V., a uno le daba vuelcos el corazón y casi se sentía feliz. Detrás de todos iban las mujeres, aunque agrupadas, sin tumulto, que no es pedir poco. En las revueltas que hace el camino al subir la cuesta de la ermita, caí en la tentación varias veces de volver los ojos atrás y adelante para ver la pintoresca perspectiva que la procesión ofrecía, y -santa Teresa y V. me perdonen- creo que la contemplación de tan bello cuadro me distraía de las oraciones. La poesía de la procesión me hacía olvidar de la procesión misma.

Pero sigamos. Tan pronto como llegamos a la ermita y entramos todos dentro, colocando la peana en el presbiterio, cercada de luces; iluminado que estuvo el altar mayor, y dejados los pendones, el señor Cura dio comienzo a la novena de santa Teresa. A seguida se cantaron los gozos, con acompañamiento de gaita y tamboril, donde le digo a V. que lucieron sus habilidades. Luego se salió todo el mundo, derramándose por aquella plaza, por aquellos márgenes y verdes ribazos, donde se charlaba y reía, se merendaba y se bebía; que todo eso y mucho más saben hacer bien estos aldeanos.

Después de buen espacio, atravesó los aires el estridente son de la gaita, y como si esa fuese la señal convenida, todos afluyeron de aquellos alrededores al atrio de la ermita, donde en aquel momento se nota algún aparato escénico. Preside el acto el señor Cura, a quién acompañan los individuos del Ayuntamiento y los pudientes de la aldea, como si dijésemos nuestra alta aristocracia. Agrupadas todas las gentes, que forman ancho corro, y alargando las cabezas con viva ansiedad, mientras reina un no turbado silencio, se destaca una de las niñas apostadas a la izquierda del señor Cura, y dirígese a un rincón del atrio, donde hay un cajón tapado, y del cual saca un objeto. Es la figura de un corazón, pintado al natural y atravesado por una larga herida. Lo sostiene la niña con la mano izquierda, descansándolo contra su pecho, mientras con la otra mano acompaña las palabras de estos versos, que dice en alta voz:

¿Veis aqueste corazón
que una herida le atraviesa?
tal estaba el de Teresa,
víctima de su pasión:
pasión feliz y divina,

que a solo Dios le encamina.

Entre tanto que la niña va a depositar el corazón sobre la mesa, donde está la imagen de la Santa, las restantes niñas del coro, vestidas aun de blanco y con flores en la cabeza, repiten los dos últimos versos, cantándolos en una tonada sentida y quejumbrosa, que a todos visiblemente deleita. La gaita y tamboril acompañan las voces, y dale que dale, siguen después de concluido el canto, hasta que otra de las niñas se presenta con un bonete adornado de borla, en las manos, y dice con encogido ademán:

El bonete de Doctora
mereció por su saber,
que, aunque sencilla mujer,
subido ingenio atesora;
tal, que el eco de sus labios
ha confundido a los sabios.

Deja el bonete en la mesa, y en la misma tonada que antes, el coro repite el último pareado. La niña que ahora sale al medio lleva en la mano una flecha. La pobrecita está ruborosa al verse delante de tanta gente. El señor Cura la anima con una alentadora mirada, y ella, con un inesperado desembarazo y soltura, exclama:

Un serafín vio Teresa
que, muy gentil y gallardo,
el corazón le atraviesa
con agudísimo dardo;
pero, de amor consumida,
busca en la muerte la vida.

Más pequeñita que las demás es la que sale después, llevando en la mano una pluma, que parece de oro. Encanta verdaderamente, cuando se acerca sonriendo de puro gozo y abriéndosele unos hoyitos en ambas mejillas, pero sobre todo cuando con un saleroso ceceo y moviendo la rubia cabecita, dice

Por el Señor inspirada
con pluma de oro escribía;
si la plana interrumpía,
de un Ángel era acabada;
por eso la gracia suma
está cifrada en su pluma.

Frente a mí he visto a una mujer que se enjuga unas lágrimas, que la alegría hace brotar de sus ojos. ¿Quién puede ser sino la madre de aquella deliciosa criaturita? –Aun hay más que ver. Después de la acostumbrada sinfonía, sale otra niña con una especie de collar, que quiere ser de oro, y recita muy bien, si no echase demasiado largos los brazos, estos versos, que copio:

Este preciado collar
de oro fino y pedrería
le dio la Virgen María

cual fineza singular;
y con esto bien expresa
cuánto quiere a su Teresa.

Hermosa como un ángel; esbelta, flexible y colorada como una amapola; de sonrisa fresquísima y contagiosa que se pega a todos los labios, es la última niña que parece en medio de todos, llevando en las manos una especie de ermitilla, como aquellas que hacen las niñas en sus juegos, pero mejor trabajada, y pintada con color de barro. Una vez en medio, con una vocecita dulce y melodiosa, que tiene un eco en todas las almas, exhala estos versos:

Niños con sus pensamientos
y hace ermitillas jugando;
es que ya se está ensayando
para fundar sus conventos:
treinta y dos fundados deja
cuando a los cielos se aleja.

Por Dios no le diga V. a Teresina que he dicho esto de ella (pues ya habrá adivinado V. que esa última niña era mi hermanita). Si lo supiese, casi, casi me enojaría, aunque le pasaría pronto, estoy seguro.

Pero, ¡y cuánto me he extendido en contarle todas esas menudencias! Además de eso, los versos llenan tanto, que cuando no sé qué decir, métome a copiar versos, y las cartas me salen largas, sin gran trabajo. Hoy lo siento de veras, porque ya no puedo entremeterme en contarle lo que nos divertimos al bajar libremente de la ermita, formando grupos las familias y los amigos. Hubiera V. visto a Teresina saltar como una cabritilla por aquellos senderos, mientras que Josefa y yo, loqueando casi como ella, bromeábamos sobre sus versos. La luna, alzándose desde el fondo del mar en toda su plenitud, parecía comunicar dulce misterio a los cantares de los unos, a las entremetidas pláticas de los otros y al silencio, más elocuente aún, de los de más allá: sus tibios y vacilantes rayos, lo envolverlo todo con vaporosos tejidos, hacían resaltar la blancura de las espumas que, como los nevados encajes de un vestido, orlaban las aguas de la orilla. – Y ni puedo hablarle tampoco de los episodios de la velada. D. Ambrosio, a quién V. conoce, quiso dar una prueba de sus conocimientos pirotécnicos, haciendo gozar a los embobados habitantes de la aldea el fantástico espectáculo de unas ruedas de fuego artificial, agradando, sobre todo, una especie de bonete de fuego que simboliza el de la gran Doctora.

Basta por hoy. Tantas y tiernas cosas de la mamá y hermanitas, y un apretado abrazo de su –RAFAEL.

SANTA TERESA DE JESÚS OBSEQUIADA POR SUS DEVOTOS ²

Ávila. Las Religiosas del convento de San José, primera fundación de santa Teresa de Jesús, han celebrado este año su fiesta con la solemnidad acostumbrada. Con exposición de su Divina Majestad se hizo la novena con sermón todos los días, y en algunos hubo también sermón por la mañana en la misa solemne que se cantaba.

En el último día fue la Comunión general que dio a un gran concurso el excelentísimo señor Obispo, quien panegirizó las glorias y virtudes de la Santa.

Las Religiosas de la Encarnación obsequiaron también con espléndidos cultos a la que fue su esclarecida Hija, trasladando la fiesta al 2 de noviembre en memoria del día en que tomó allí el hábito la santa Madre.

Cuenca. En la iglesia de Carmelitas Descalzas se empezó el día 6 de octubre una lucida novena con sermón que dijeron sabios oradores. En el día de la Santa hubo misa solemne, y por la tarde una solemnísimas función predicando el excelentísimo señor Obispo. En todas las funciones estuvo expuesto Jesús sacramentado.

Copiamos unos párrafos de la carta de nuestro corresponsal, que expresa el entusiasmo con que se ha honrado en esa ciudad a la seráfica Doctora: “No hay que decir que, dadas las circunstancias que atravesamos, esto ha sido admirable. Nunca se ha hecho aquí una novena más solemne aunque todos los años se hace con solemnidad. Santa Teresa de Jesús reina aquí en no pocos corazones.”

Londres. (Inglaterra). “La iglesia de San Simón Stock de los Padres Carmelitas descalzos, una de las más bonitas de esta ciudad, fue decorada, nos dice nuestro celoso

² Por el pésimo servicio de correos, debido en gran parte a las circunstancias por que atraviesa nuestra pobre España, no pudo insertarse la relación de las fiestas que en algunos puntos se han consagrado a nuestra querida Santa. Mas con su lectura alegrará no poco a nuestros abonados no queremos suprimirlas, aunque vayan un tanto retrasadas.

Corresponsal, con un gusto carmelitano-español; los ramos de flores naturales, ¡tan raras y tan caras en Inglaterra! adornaban con profusión sus altares, y las luces, que formaban centelleantes guirnaldas, festoneaban contornando la elegante arquitectura del altar mayor. La colonia española de la sombría capital de Albion acudió numerosa a tributar sus homenajes a su insigne y virginal Paisana, confundida con la inmensa muchedumbre de católicos ingleses, que son todos devotísimos de la Santa, en número tan grande que la vasta iglesia era estrecha para contener la escogida concurrencia, que desde muy temprano se renovaba a cada misa; y la grande Teresa de Jesús debió estar consoladísima de ver que en su honor tantos católicos ingleses fueron presurosos a recibir a su celestial y divino Esposo.”

Con un gentío inmenso empezó a las once la misa mayor, y la grandiosidad del solemnisimo Sacrificio fue realzada con la dulce armonía de una orquesta numerosa y escogida. El Rdo. P. Addis, del Oratorio, hizo el panegírico de la Santa tomando por texto estas palabras: Nuestra conversación en los cielos; ” hermosa idea que admirablemente desarrolló con la vida de la Santa, desde el jardín de la casa paterna de Ávila hasta el sublime éxtasis con que fue trasladada de la vida de la tierra a la del cielo. Por la tarde igual concurrencia a las Vísperas, sermón y reserva, con que terminó un día lleno de consuelos para los británicos Teresianos, y durante la octava ni una tarde ha disminuido la solemnidad de la fiesta, y siempre con la misma concurrencia.

Los pocos conventos de la Orden existentes en la isla de Irlanda han celebrado también con mucha solemnidad fiestas a Teresa de Jesús.

Plymouth. (*Idem*). Las Carmelitas de esta ciudad han realizado mucho este año la fiesta en honor de la seráfica Madre. En sus escasos recursos nada han omitido para que ella fuese la más suntuosa posible. Se celebró con una misa solemne que dijo Mons. de Sussex, y fue cantada con admirable maestría por un escogido coro de señoras, y se pronunció un notable panegírico. Jesús sacramentado estuvo todo el día de manifiesto, y los niños de las escuelas católicas que existen en esta ciudad casi totalmente protestante, le visitaron en honor de santa Teresa, y le cantaron fervorosas coplillas propias de las circunstancias. Por la tarde hubo también sermón, presidiendo la función el citado Monseñor vestido con hábitos de canónigo de Nuestra Señora de Loreto. La concurrencia de los católicos amantes de Teresa de Jesús fue muy numerosa en dicho día y en los de la octava, que se expuso su divina Majestad todas las tardes desde las tres a las seis en que se reservaba.

Bruselas. (Bélgica). Majestuosas han sido las fiestas que han hecho las Religiosas de Bruselas. Muchos fueron los devotos de Teresa de Jesús que se acercaron a la Mesa eucarística en el día de la fiesta para poder atestiguar su devoción y amor apasionado a Teresa, y ganar la indulgencia plenaria concedida a los que habiendo recibido los sacramentos de Confesión y Comunión, visitasen la iglesia la iglesia de las Carmelitas y rogasen por las intenciones de nuestra santa Madre la Iglesia. En el mismo día desde las seis de la mañana hasta las diez hubo misas rezadas cada media hora, y después la solemne cantada a toda orquesta. Por la tarde solemnes Vísperas, luego el panegírico de la Santa, que dijo en francés un Padre Carmelita, se cantó el *Te Deum* concluyéndose la función con la bendición con Jesús sacramentado, que estuvo todo el día de manifiesto desde la primera misa.

En este convento se guarda como un precioso tesoro, que lo es muy grande, el dedo anular de la mano derecha de santa Teresa de Jesús, cuya reliquia estuvo expuesta a la veneración de los fieles.

Pamiers y Carcasona. (*Francia*). Los Padres Carmelitas descalzos de Pamiers celebraron con una brillante función la fiesta de santa Teresa de Jesús con sermón muy notable, según nos escriben, en el que el orador puso de manifiesto el grande amor de la Santa hacia su Dios, por quien deseaba padecer o morir, para cuya gloria proyectaba grandes y atrevidas empresas y en cuya íntima unión deseaba vivir y morir, en contraposición de lo que sucede en nuestro siglo pervertido, que desea o gozar o morir, y despliega toda su actividad para que Dios no sea en ninguna parte glorificado, y quiere y morir encenegado en los más asquerosos vicios. El orador desarrolló brillantemente estos puntos teniendo en suspenso por más de una hora a un inmenso gentío que le escuchaba atentamente.

Son más de ciento los conventos Carmelitas existentes en Francia, y todos han festejado gozosos a su excelsa Patrona, particularmente el de Carcasona, en cuyas pomposas funciones de la mañana y tarde del día de la fiesta ofició el ilustrísimo Prelado de la diócesis.

Zaragoza. En esta ciudad las religiosas Carmelitas del convento de la Encarnación obsequiaron a santa Teresa con una devota novena, estando en ella expuesto el santísimo Sacramento. El gremio de albañiles hizo también una fiesta muy lucida a su Patrona en la misma iglesia de las Religiosas, haciendo lo mismo los habitantes del barrio de santa Teresa.

Las religiosas Carmelitas, vulgo Fecetas, de la misma ciudad, honraron en su iglesia a Teresa de Jesús en su día con una misa solemne que dijo un señor canónigo, cantada a grande orquesta y con sermón. En este día se ganaba en la misma iglesia la indulgencia plenaria de las Cuarenta horas. Todos los días de la novena estuvo expuesto su Divina Majestad, y en el domingo infra-octava, y en el día de la octava, se cantó una misa con toda solemnidad con gran concurso de fieles.

Badajoz. La reverenda Madre priora del convento de Carmelitas descalzas de esta ciudad nos escribe haciéndonos una reseña de los suntuosos cultos tributados a la insigne Doctora. Por la mañana se celebraba la misa cantada con toda solemnidad durante los días de la novena. Por la tarde se empezaba la función exponiendo el santísimo Sacramento, seguía el santo Rosario con la Letanía cantada luego se rezaba la estación a su Divina Majestad, sermón que decían oradores escogidos, y después la novena cantándose al fin las coplas compuestas por la Santa, y se reservaba. Para el día de la fiesta se multiplicaron los adornos, flores y luces en el altar, en el que se colocó una preciosa imagen de la Santa ricamente vestida, que por su actitud edificante y llevando el corazón en la mano arrancaba lágrimas de ternura y de afecto a todos los fieles. El orador del día de la fiesta pronunció un brillante discurso, con el que logró dominar el corazón de todos los oyentes para infundirles una verdadera devoción y cariño a Teresa de Jesús. Este día, nos dice la reverenda Prelada, ha dejado gratos recuerdos en Badajoz.

SANTA TERESA DE JESÚS AGRADECIDA.

Badajoz. Nos dan cuenta de dicha ciudad de un favor especial alcanzado por intercesión de santa Teresa de Jesús. Don Ricardo Nuñez, teniente del batallón de reserva de aquella capital, contrajo unas calenturas pertinaces, que le obligaron a trasladarse al pueblo de Torre por ver si con el cambio de aires lograba restablecerse. Mas lejos de conseguir alivio agravóse la enfermedad de tal suerte que pararon en calenturas tifoideas tan malignas, que los tres médicos que le visitaron declararon que en lo humano no había remedio de curación. Acudióse en este estado a las Madres Carmelitas de Badajoz para que rogasen a la Santa por la salud del enfermo mandándole alguna reliquia. En efecto, remitiéronle en carta por el correo un poco de tierra del sepulcro de la santa Madre, encargando al enfermo rezase, al tomarla, una oración. Desde el momento que tomó dicha tierra, invocando la protección de la seráfica Virgen, empezó a sentir mejoría y se halló fuera del peligro que según dictamen de los facultativos no podía la ciencia conjurar.

Zaragoza. Dos meses hacía que un pobre enfermo sufría fuertes dolores, sin hallar remedio a su dolencia. Agravóse de pronto su enfermedad de manera que perdido el conocimiento los médicos desconfiaban de su vida. Enviáronle las hijas de Teresa de Jesús una medalla de su santa Madre con un poco de aceite de su lámpara, y se empeñaron con la misma Santa para que a lo menos no muriese sin Sacramentos.

La bondadosa Teresa de Jesús no se hizo de esperar. Al día siguiente de la consulta, en que casi quedó desahuciado el enfermo, fue desapareciendo el estado de enajenación mental, quedando con su natural movimiento en todo el cuerpo, y tan deseoso de confesarse, que a pesar de no tener ya necesidad, por darle gusto se lo permitieron, y también recibió a Jesús sacramentado. Quedó muy consolado y pronto completamente restablecido el enfermo, predicando agradecido las bondades de la santa Teresa de Jesús.

Pensamientos de santa Teresa de Jesús.

Es hermoso trueque dar nuestro amor por el de Dios. (*C. de perf., c. 16.*)

El agua que nace de la tierra, no tiene poder contra el fuego del *amor de Dios*. (*Id.*, c. 19).

La virtud siempre convida a ser amada. (*id.*, c. 4).

El comulgar espiritualmente en la misa, es de grandísimo provecho, y recogernos después. (*Id.*, c. 4).

En el mundo todo es falso, pues lo es el fundamento; y así no durará el edificio. (*Id.*, c. 35).

Jamás hagas cosas que no puedas hacer delante de todos. (*Aviso 43*)

Recomendamos eficazmente a los devotos de santa Teresa de Jesús se consagren, al empezar el año nuevo, a tan poderosa Santa con la siguiente

ORACIÓN

que compuso uno de los santos más devotos de la Heroína española, san Alfonso María de Ligorio, y se encontró inédita entre varios papeles en el convento de los redentoristas de Roma.

ACTO DE CONSAGRACIÓN DE SAN LIGORIO A SANTA TERESA DE JESÚS.

¡Oh seráfica virgen, amada esposa del divino Verbo, santa Teresa de Jesús! Yo, N., aunque muy indigno de ser siervo vuestro, animado, sin embargo de vuestra bondad y del deseo de serviros, os elijo hoy en la presencia de la santísima Trinidad, de mi Ángel custodio y de toda la Corte celestial por mi particular Madre, Maestra y Abogada después de María santísima, y propongo firmemente querer siempre serviros y hacer cuanto me sea posible para que seáis servida y honrada por todos. Os suplico, pues, seráfica Santa mía, por la sangre de vuestro divino esposo derramada por mí, que me recibáis en el número de vuestros devotos para perpetuo siervo vuestro. Favorecedme en mis angustias y alcanzadme gracia para imitar de hoy en adelante vuestras virtudes caminando por el verdadero camino de la perfección cristiana. Asistidme de un modo particular en la oración, y alcanzadme del Señor este don tan glorioso, que en Vos fue tan grande, para que amando y contemplando al sumo Bien no ofenda, ni aun ligeramente, con mis pensamientos, palabras y obras vuestros ojos, ni los de mi Dios. Aceptad esta pequeña ofrenda en señal de mi servidumbre, asistiéndome en la vida y particularmente en la hora de mi muerte. Amén.

REVISTA EXTRANJERA.

Roma. A fines del año anterior se ha celebrado, según es costumbre desde que el Papa está prisionero y despojado de su poder temporal, la Asamblea del comité católico de diferentes países.

A su ardoroso y devoto mensaje ha contestado el Papa con un expresivo breve.

-Se anuncia la aparición en Florencia de un periódico titulado *El Diablo*, y en Ferrara de otro llamado *El Petróleo*.

Se anuncia también que el reverendo Padre Lagrozzi, de Rovigo, ha sido condenado a la multa de dos meses de prisión y 2,400 francos por un sermón que no ha gustado a la autoridad italiana.

Las esquinas de Roma están llenas de anuncios de venta de las propiedades de la Iglesia.

Júntense estos tres hechos, y se tendrá casi completamente bosquejada la fisonomía de un país gobernado por Satanás o por sus ministros.

Francia. La Compañía marítima de Valéry de Marsella pidió al Papa su bendición para un nuevo buque de vapor, y su permiso para ponerle el nombre de *Pío IX*. El Santo Padre no ha accedido a esto último, aconsejando eligiesen el título de *Inmaculada Concepción*; y ha

delegado al Ilmo. Sr. Caffori, obispo de Ajaccio, para que le representase en la bendición del buque. También ha autorizado a los armadores para que hiciese flotar en los mástiles la bandera de los Santos Lugares.

Según ha anunciado el telégrafo, todo se ha llevado a cabo conforme al programa; y como se deja comprender, el nombre de Pío IX ha sido cien veces aclamado.

-La *Gazzeta d'Auvergne* anuncia la fundación, en Clermont-Ferrand, de una casa destinada para noviciado de Hermanos de la Asociación de las Misiones africanas. Esta casa, fundada por un sacerdote de la diócesis de Clermont, que ha evangelizado los pueblos de Dahomey, será el segundo establecimiento que poseerá en Francia dicha Asociación. El primero existe en Lyon hace algunos años, y recibe a los sacerdotes destinados a la evangelización del África central.

Inglaterra. El insigne Arzobispo de Westminster, el digno sucesor del cardenal Wisseman, Mons. Manning, que con valeroso empeño y acertadísimos esfuerzos está dirigiendo la lucha entre el Catolicismo y sus enemigos en Inglaterra, acaba de publicar una larga y sapientísima disertación, presentada ante la Academia de la Religión católica de Londres, sobre uno de los puntos más notables de la polémica político-social católica que nuestros adversarios bautizan con el nombre de *Ultramontanismo*.

El *Times* y la mayor parte de los periódicos ingleses, dando todo su valor a este documento, lo han reproducido íntegro, acompañándolo de los comentarios y observaciones que su estudio les ha sugerido.

El eminente Prelado, resumiendo su doctrina acerca del Cesarismo y del Ultramontanismo, los defiende y caracteriza así:

El Cesarismo consiste:

- 1º En la reunión de ambos poderes, civil y religioso, en una sola persona.
- 2º En la supremacía sobre toda cosa y toda persona.
- 3º En la pretensión de sustituir su voluntad a la conciencia en asuntos espirituales.
- 4º En el aislamiento de la Iglesia nacional, so pretexto de que no puede ejercerse dentro del Estado ninguna jurisdicción extranjera.
- 5º En la formación de Iglesias nacionales, repudiando, por consiguiente, la autoridad de la Iglesia universal.

El Ultramontanismo consiste:

- 1º En la separación de ambos poderes ejercidos por diferentes personas.
- 2º En la reivindicación en favor de la Iglesia del derecho exclusivo de definir las doctrinas de fe y de moral.
- 3º En el exclusivo privilegio de la Iglesia de fijar los límites de su jurisdicción en dicho terreno.
- 4º En la unión indisoluble con la Santa Sede y en la sumisión a su autoridad universal.

-El trasnochado y diplomático conde de Russell esta promoviendo la celebración de un *meeting* para expresar la satisfacción con que los protestantes ingleses ven la conducta observada por el Gobierno prusiano con el clero católico.

Por su parte, la Unión católica celebrará otra gran reunión para manifestar las simpatías de los católicos ingleses hacia sus hermanos de Alemania. El opulento y generoso duque de Norfolk presidirá a los católicos.

Alemania. Hay en todos los puntos de Alemania grande agitación electoral. El Arzobispo de Munich ha publicado una carta pastoral en la que se ocupa de los deberes que incumben a los electores católicos. En el Palatinado, donde la francmasonería cuenta numerosos adeptos, la causa católica hace todos los días notables progresos, y la elección de los diputados católicos parece allí segura.

-El Arzobispo de Posen, Ilmo. Sr. Ledochowski, contestando a las intimaciones que le ha dirigido el Gobierno de Prusia para que dimita su Silla arzobispal, dice que un obispo recibe su autoridad del Papa y no del poder civil, y que por tanto no dimitirá por mandato del Gobierno. Que únicamente abandonará su Silla si el Papa le manda hacerlo, o declara que es conveniente que se verifique, por lo que al presente piensa continuar en su puesto.

Suiza. No hay para qué demostrar a los lectores que los asuntos eclesiásticos de algunos cantones suizos van de mal en peor, sobre todo en el de Ginebra, pues con decir que

aquel Gobierno está influido por el alemán, y que el ex-Padre Jacinto es el titulado Párroco de Ginebra, está hecha la historia interna de los mencionados asuntos.

En el cantón referido acaban de celebrarse unas comedias bajo el título de elecciones eclesiásticas para tres parroquias católicas cuyos legítimos Curas han sido destituidos. En su lugar han sido nombrados tres apóstatas en Carouge, Chêne y Lancy por 281,79, y 35 votos respectivamente.

Lo que esta elección vale puede apreciarse, sabiendo que en Carouge hay unos 6.000 católicos. Éstos se han abstenido de concurrir a la elección popular de Párrocos.

Estados-Unidos. La princesa Carolina, esposa de Jerónimo Bonaparte, ha sido recibida en el gremio de la Iglesia católica y bautizada en New-Post (Rhode-Island) por el obispo de la Providencia, el doctor Wendrickeen. El príncipe Jerónimo es nieto del rey de Westfalia, y la princesa es nieta del célebre Daniel Wobster, el más grande de los oradores americanos.

GRACIAS

que se piden a santa Teresa de Jesús , y se recomiendan a las oraciones de sus devotos.

Una comunidad de religiosas carmelitas de Portugal.- El aumento y propagación de la Asociación de jóvenes católicas.- La salud de un enfermo.- La conversión y cristiana muerte de los enemigos del nombre cristiano.- El feliz término de un asunto emprendido a mayor gloria de san José.- El espíritu de oración para los devotos de santa Teresa de Jesús.- Extensión de la devoción más favorita al Corazón de Jesús.- La libertad de Pío IX.- Los obispos y sacerdotes católicos.- El retorno de Inglaterra al Catolicismo.- Una fundación religiosa.- Las escuelas católicas.- Dos vocaciones religiosas contrariadas.- La salud de una madre de familia.- Remedio a tres necesidades gravísimas.- Dos religiosas.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

socorriendo con oraciones y limosnas al romano pontífice cautivo y pobre.

Suma anterior Rs 1.267,60

Tortosa	Una hija de María Inmaculada y Teresa de Jesús ofrece al pobre y atribulado Pontífice Pío IX, en cumplimiento de su deber filial	200
“	Josefa Gil del Real, viuda, como tributo aunque pequeño de amor filial al Padre común de los fieles	6
“	Celestina Hainy de Montserrat	20
“	Su sirvienta	4
“	Jacinto Peñarroya, canónigo: A Pío IX en obsequio de María Inmaculada y Teresa de Jesús	20
“	Josefa Alabart: Santa María y Teresa de Jesús, patronas de España, dad la paz al mundo	4
“	Francisco Mir, subdiácono: Teresa de Jesús, alcanza de Jesús, Tú que todo lo puedes, la libertad de Pío IX y la paz de tu pobre España	4
Bot	Francisco Blay, Pbro.	6

Zaragoza	Comunidad de Carmelitas Descalzas (Fecetas): Madre mía, santa Teresa de Jesús, protegédnos y haced que pronto triunfe la Iglesia	50
Callosa de Segura	José María Roig	84
Villanueva de la Jara	Una comunidad de religiosas Carmelitas, por Pío nono Pontífice cautivo y pobre: Santa Teresa de Jesús, dale la paz	25
Barberá	Teresa Plá, maestra: Santa Teresa de Jesús, salvad al mundo y a Pío IX, y llenad mi alma de amor divino, y a mis discípulas, que también son vuestras, un alma y corazón según el tuyo	6
Yecla	Juan Cusach, Pbro.	10
“	Pedro Cusach	2
“	J. V. exclaustado a su amado Pío IX	2
Villafranca de Ebro	Manuel Vallejo, Pbro.	10
	Suma	Rs. 1,720'60

(Sigue abierta la suscripción)